

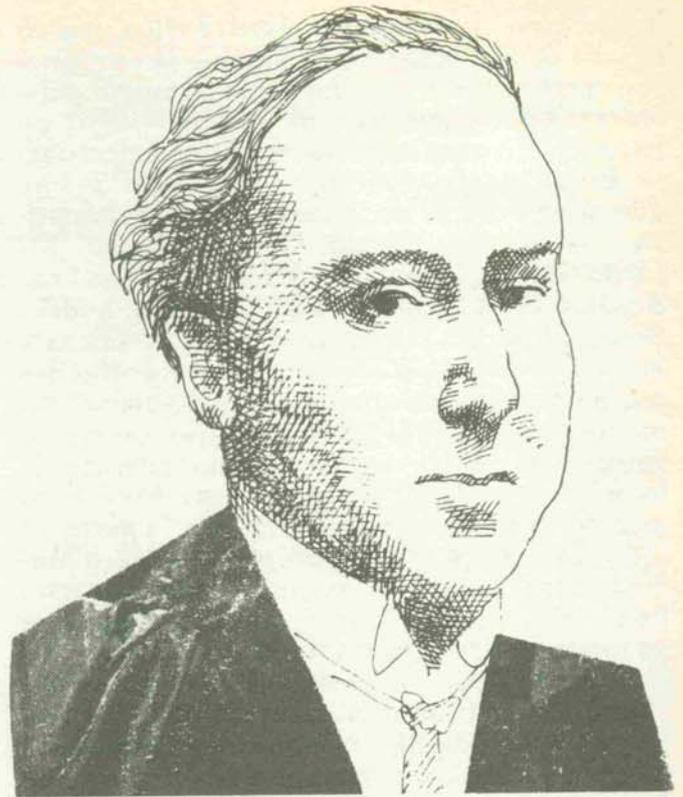
Lo que dió de sí (a pesar de todo) el centenario de Antonio Machado

Pablo Corbalán



El cadáver de Antonio Machado, envuelto con la bandera republicana. Era el 22 de febrero de 1939, en el pueblecito francés de Collioure.

El centenario del nacimiento de Antonio Machado ha transcurrido de manera poco armoniosa, bastante tensa y desabrida, con fallos y rupturas en la programación más o menos hilvanada de los actos que se habían previsto. Y esto, todo hay que decirlo, no precisamente por desgana de sus organizadores, algunos de los cuales han trabajado denodadamente, gestionando permisos, coordinando participaciones y escribiendo o disertando cuanto su capacidad de trabajo les ha permitido. El que no se haya podido conseguir la brillantez y regularidad de ritmo apetecidas no tiene por qué haber extrañado a nadie. La culpa hay que anotársela al propio don Antonio por ser de la manera que era. Nada menos que un institucionalista y un republicano de toda la vida, admirador, además, de Pablo Iglesias. Su actuación durante la guerra civil estuvo rotundamente marcada y fuera de toda neutralidad o abstinencia y, a pesar de los casi cuarenta años transcurridos, no ha podido ser olvidada. Probablemente no lo será nunca y, por otra parte, no creemos que debe serlo. Cada uno es quien es y se acabó. El carácter de su obra poética y ensayística, además de su actitud personal, como ciudadano, impiden e impedirán cualquier propósito de desdibujar su personalidad.



Numerosas prohibiciones y dificultades administrativas han marcado la celebración del centenario del nacimiento de Antonio Machado. Zamorano lo vio así en «Triunfo».

Desde el principio de la contienda se situó sin vacilación alguna del lado de la República, intervino en actos públicos, suscribió manifiestos y glorificó en cuanto pudo a los combatientes que defendían la causa que él mismo propugnaba. Como poeta y escritor, su obra fue muy abundante. Aquellos trágicos sucesos produjeron en él un efecto tonificante, reactivador, que le hicieron sentirse como si de pronto hubiera regresado a su juventud. Publicó numerosos poemas, entre ellos nueve sonetos, algunas canciones, un himno a las juventudes militares y una hermosa elegía a la muerte de Federico García Lorca. Pero su producción en prosa fue todavía más voluminosa y llegó a doblar en cantidad —y aún superar en calidad— a todo cuanto había escrito hasta el 18 de julio de 1936. Artículos, recuerdos, ensayos y meditaciones se le precipitaban sobre las cuartillas e iban apareciendo en periódicos, revistas y boletines «al servicio de la causa popular», como rezaba el lema de «Hora de España», la más destacada de las publicaciones en las que colaboró en los tres últimos años de su vida. Varios de los poemas y algunos otros textos en prosa fueron reunidos en el libro «La guerra» que, con dibujos de su hermano José, editó Espasa-Calpe, en 1937, con alarde de formato, calidad de papel y limpieza de impresión. Todos estos originales, aun los más aparentemente alejados del entorno bélico, contienen una especial vibración política o propenden a relacionarse con ella. En esto,

como en tantas otras cosas, no pudo comportarse más consecuentemente con la trayectoria del pensamiento que siempre había sustentado. En ningún momento pudo situarse «au dessus de la mêlée» porque siempre quiso estar «a la altura de las circunstancias» históricas que afectaban a su patria. Incluso hasta la hora de su muerte.

Esta fidelidad a sí mismo, esta actitud ética, ha sido la causa de que la conmemoración de su centenario haya encontrado tantos obstáculos. Había sido programada, respaldada por un comité compuesto por eminentes personalidades de las letras, una amplia serie de homenajes que debía desplegarse por casi toda la geografía nacional y más allá de sus fronteras. Entre los componentes de la comisión organizadora figuraban Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, José Bergamín, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Ramón Carande, Antonio Buero Vallejo, Luis Rosales, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Manuel Tuñón de Lara, Eloy Terrón y otros. Los actos que debían ce-

lebrarse en el extranjero —entre ellos uno en la sede de la UNESCO, en París— se cumplieron con toda puntualidad y con la mayor asistencia; de los que habían de tener lugar en España sólo unos cuantos llegaron a efectuarse. Entre los que tomaron parte en ellos hay que citar —no se trata de una lista exhaustiva— a Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Ricardo Gullón, Fernando Lázaro Carreter, Luis Rosales, Félix Grande, José Luis Cano, Andrés Sorel, Domingo Yndurain, Benito de Lucas y Aurora de Albornoz. Esta escritora, como Sorel, ha desplegado una actividad verdaderamente fundamental en la preparación de diversos actos, en los que intervino, además de los numerosos artículos que ha escrito en estos meses sobre el gran poeta sevillano. A pesar de todo, algunos proyectos preparados para Madrid y otras provincias no pudieron realizarse. En el momento de escribir estas líneas leíamos en los periódicos que habían sido suspendidas en Granada las conferencias que sobre Machado debían pronunciar Aurora de Albornoz, Sorel y J. M. Caballero Bonald; y en Salamanca, las que habían sido anunciadas a cargo de José María González Ruiz, Alberto Gil Novales, Eugenio de Bustos, José Luis Cano y la ya tantas veces citada Aurora de Albornoz. Quizá sean las últimas intentonas.

No presentan tan recortado panorama los aspectos bibliográficos y hemerográficos de la conmemoración. Periódicos y revistas dedicaron a don Antonio recordaciones y comentarios sueltos o formando conjuntos más o menos nutridos, en prosa y verso, y hasta suplementos especiales y números extraordinarios. Además está una media docena de libros a los que nos referiremos más abajo. En la relación que sigue de periódicos y revistas faltará seguramente alguna referencia, pero ello no debe achacarse más que al fallo de nuestra memoria o a una falta, lamentada de antemano, de información.

Entre los suplementos periodísticos destaca el del diario «Informaciones», en el que figuraban cinco sentencias o «consejos» olvidados que don Antonio publicó, en 1905, en «El País», rescatados ahora de aquellas páginas por Juan Eduardo Zúñiga; las revistas «Insula», «Cuadernos para el Diálogo», «Peña Labra» y «El Ciervo», así como «La Ilustración Regional», ofrecieron ediciones monográficas muy importantes tanto por su contenido como por su presentación editorial e iconográfica. «Insula» reprodujo otro original machadiano traspapelado en el ya citado periódico republicano y hallado por el hispanista Geoffrey Ribbans —un artículo sobre Benavente— en tanto «Peña Labra», gracias a otro hispanista, Allen W. Phillips, ofrecía ese mismo artículo, una nota crítica sobre Antonio de Zayas y los «consejos» encontrados también por Zúñiga.



Antonio Machado vivió plenamente su compromiso intelectual con la República. Incluso desde antes de que se promulgara (la foto superior le muestra durante febrero de 1931 tras un mitin en Segovia de la Agrupación al Servicio de la República, con Marañón, Ortega y Pérez de Ayala) y hasta los duros días del exilio (bajo estas líneas, sentado, con su hermano José —a la derecha del lector—, el doctor Sacristán, Enrique Rioja y el profesor Roura, camino de Francia).



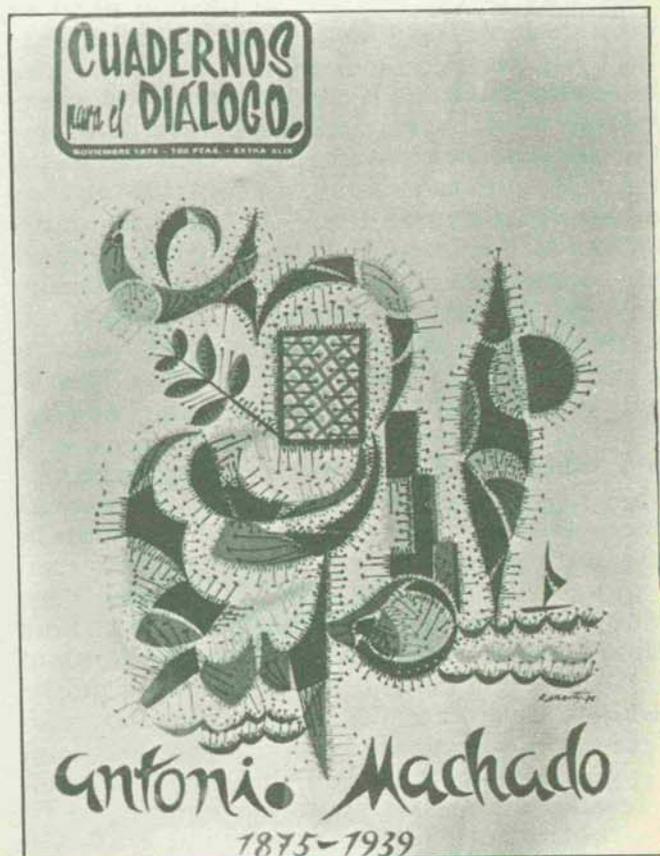
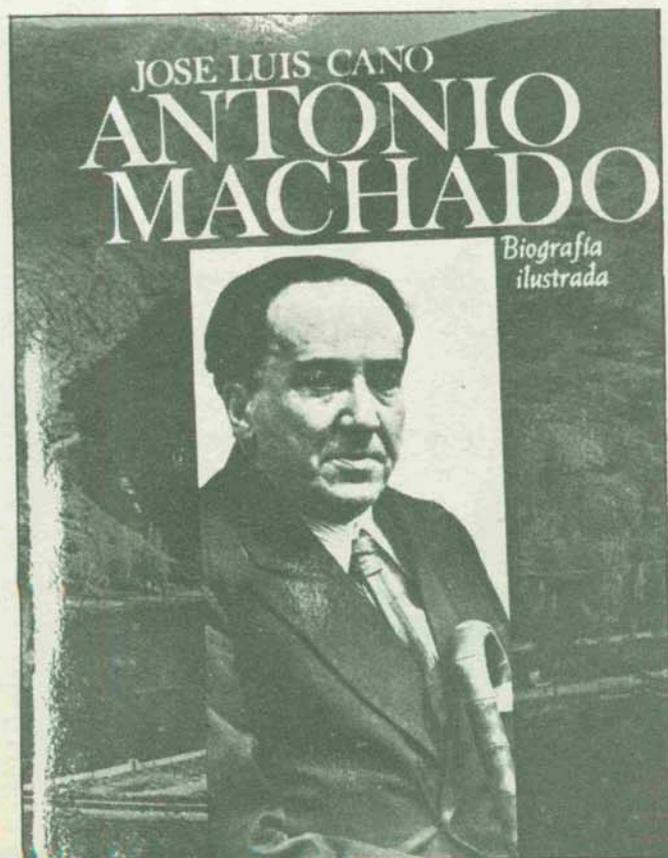
El interés de estos tres rastreadores, actuando cada cual por su lado, ha proporcionado nuevos textos para el enriquecimiento de las futuras «obras completas» del poeta. Otras revistas, como «El Urogallo», «La Estafeta Literaria», «Destino», «Triunfo» y la que el lector tiene en sus manos publicaron colecciones de estudios y ensayos, ofrendas poéticas o artículos distribuidos en varios números sobre la obra y la vida del autor de «Soledades» y «Campos de Castilla». Repetimos aquí nuestra solicitud de disculpa por las omisiones inevitables que esta crónica pueda contener al mismo tiempo que lamentamos que el espacio de que disponemos haga imposible recoger los nombres de tantos escritores, críticos y eruditos como colaboraron en las publicaciones citadas. Desde luego, los lectores interesados que no las conozcan deben buscarlas por los inestimables materiales que cada una de ellas, y desde diversos aspectos, contiene. El interés que la figura de don Antonio Machado sigue produciendo queda largamente demostrado en las páginas de todos esos números extraordinarios y suplementos especiales.

Agreguemos aquí un homenaje inesperado: el de tres de los grandes músicos españoles actuales: Tomás Marco, Luis de Pablo y Carmelo Bernaola. Por encargo de la Fundación March compusieron sendas obras que, respectivamente, llevan los títulos de «Ecos de Antonio Machado» (suerte de biografía musical del poeta para coro y órgano), «Al son que tocan» (canción tratada electrónicamente por medio de sintetizadores) y «Ayer... soñé que soñaba» (para amplio conjunto instrumental acústico y varios cantantes). La presentación de estas composiciones estaba prevista que corriera a cargo de José María Franco Gil.

Y vamos ahora con los libros. La enorme bibliografía existente sobre Antonio Machado se ha visto enriquecida en estos meses últimos con cinco nuevos volúmenes. O, mejor dicho, con seis puesto que dos de ellos llegan a conformar una sola obra. Nos referimos a los dos tomitos que firma Andrés Sorel y que ha editado Zero, S. A. Madrid. El primero es una «Antología poética de Antonio Machado»; el segundo supone su consecuente apéndice: «Guía popular de A. M.». Se trata de un intento de iniciación popular al gran poeta destinada a un público, según nos parece, especialmente obrero. En este propósito, y, naturalmente, en su excelente y clara exposición, radica la importancia de la tarea de Sorel. Hay, pues, que agradecerle su humildad di-

vulgadora. El resto de los títulos corresponden a José María Valverde («Antonio Machado», Siglo XXI de España Editores. Madrid), Leopoldo de Luis («Antonio Machado, ejemplo y lección». Sociedad General Española de Librería, S. A. Madrid), José Luis Cano («Antonio Machado. Biografía ilustrada». Ediciones Destino. Barcelona) y J. Gómez Burón («Exilio y muerte de Antonio Machado». Ediciones Sedmay. Madrid).

Si la guía de Sorel aspira a hacer llegar la obra y la vida del gran poeta a la «inmensa mayoría» no iniciada, el libro de Valverde constituye otra guía —así lo manifiesta su autor— pero esta vez destinada a un público más preparado y conocedor de la obra machadiana aunque se nos advierta que para su lectura será siempre necesario tener a la vista la obra total del autor de «Campos de Castilla» y de «Juan de Mairena», es decir, su poesía y su prosa. No obstante, el estudio que Valverde ofrece excede con mucho los límites de un itinerario literario. Primero, porque no deja de tener en cuenta las etapas vitales del poeta y, segundo, porque su propósito último y fundamental es mostrar la coherencia de la evolución de su obra en función de la circunstancia temporal para, de este modo, profundizar en cada momento de aquella. Valverde —conocedor y estudioso antiguo de Machado— llega a establecer la teoría de que el poeta



Desde un punto de vista bibliográfico y hemerográfico, el centenario de Antonio Machado ha resultado fecundo. Entre los diversos libros y números monográficos de revistas que han aparecido con tal motivo, he aquí como ejemplos la biografía de José Luis Cano y el «extra» de «Cuadernos para el Diálogo».

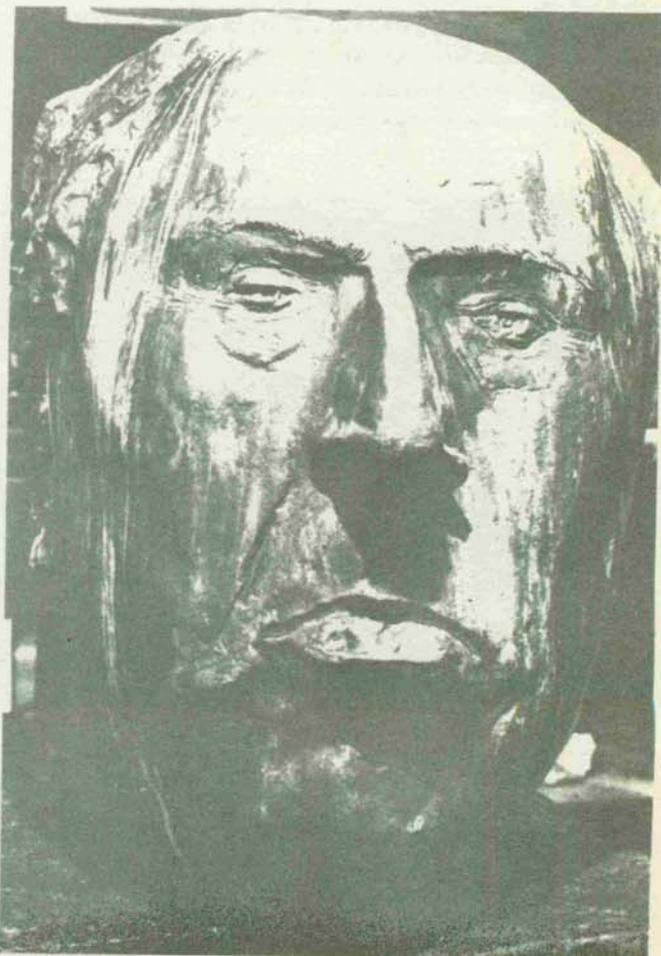
siguió una trayectoria hacia lo real —su país, la sociedad, la política— a partir de «la superación del subjetivismo individualista que culminó en una filosofía abierta a un porvenir histórico de conciencia comunitaria».

El libro de Valverde supone, junto al de Leopoldo de Luis, una de las dos grandes aportaciones de este centenario. De Luis parece coincidir, en ciertas de sus apreciaciones e incluso en el método seguido para su estudio, con Valverde. Pero se trata sólo de una apariencia. Comienza por rechazar la afirmación de Valéry según la cual «el autor, felizmente, no es nunca el hombre» para abordar la poesía machadiana, precisamente, desde un enfoque opuesto. Es decir, De Luis se instala en una posición mucho más radical que Valverde entendiendo que la poesía de Machado, por lo menos en sus puntos culminantes, sólo llega a encontrar su significado último a partir de su biografía. «Un libro, nos dice, no es un producto de otro yo, sino del yo del hombre-autor, que en él se evidencia plenamente o que en él completa su evidencia». Sobre esta plataforma analiza y juzga el notable crítico, iluminando, paso a paso, hasta las composiciones escritas durante la guerra civil, la obra toda del autor de «Soledades» y «Campos de Castilla». Si Machado llegó a definir la poesía como «palabra en el tiempo» fue porque siempre se sintió animado por una tendencia «eminentemente historicista».

Una advertencia nos sale al paso al abrir el libro de José Luis Cano: «Esta biografía ilustrada de Antonio Machado (...) no es (...) una biografía erudita, ni menos definitiva o exhaustiva (...). Estas páginas intentan sólo contar con sencillez la aventura vital» del poeta. Pero, ¿es sólo eso? No podía serlo tratándose de un crítico de su alto saber. Ahí están, naturalmente, los datos de la vida de un hombre; ahí están, claro es, las etapas de su formación. Pero en el plano mismo de lo biográfico hallamos observaciones y aportaciones que van conformando toda una teoría sobre el personaje que fue don Antonio y, trenzada con ella, una visión de su obra. Cano nos ofrece su personalidad en toda su inmensa estatura humana, sin pliegues ni repliegues, sin invenciones acomodadas. Y esa personalidad transparente, por sensibilidad del biógrafo, todo su contenido, es decir, en definitiva, su poesía. Pero tampoco escapa a la clarividencia de José Luis Cano el contexto histórico en que don Antonio se desarrolló y este es un aspecto más que se suma a los valores del libro. A ellos hay que agregar la abundante iconografía reunida en sus páginas que desborda el centenar de ilustraciones cuidadosamente escogidas. Un libro, en fin, útil por su aportación gráfica y escrita, y de profundo contenido documental. La relación bibliográfica debemos concluir la,

desgraciadamente, con un libro que no debiera haber sido publicado. Nos referimos al de Joaquín Gómez Burón, reportaje oportunista, incompetente, ligero y frívolo, en el que abundan los errores y las apreciaciones gratuitas. Un mal colofón, pues, para este centenario que, si en parte se desarrolló a trancas y barrancas, tuvo también aciertos y aportaciones muy destacadas. Pero hay intromisiones que resultan imposibles de evitar. Que don Antonio el bueno disculpe a todos los que se interpusieron en la conmemoración de su nacimiento. ■ P. C.

P. D.—Al cerrar la anterior crónica se anuncia la puesta en venta de otros tres libros sobre Machado, de los cuales ya no nos podemos ocupar. Son «La experiencia del tiempo en la poesía de Antonio Machado», por Vidal Lamíquiz Ibáñez; «Antonio Machado, verso a verso», por Francisco López Estrada (ambos editados por el Departamento de Publicaciones de la Universidad de Sevilla) y «La teología de Antonio Machado», por José María González Ruiz (Ediciones Marova. Madrid).



Cabeza de Antonio Machado, esculpida por Pablo Serrano, quien la ideó como parte del monumento que habría de erigirse en Baeza al poeta. Al prohibirse —igual que sucedió ahora, en 1975, con otros tantos actos— el homenaje nacional que iba a acompañar la inauguración de dicho monumento, nunca llegó a cumplir sus fines.